

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7876.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—1 mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias.** tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.** tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. Lorette, rue Caumartin, 61.—John F. Jones 3, bis, rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 106 Fleet Street.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

Número suelto 15 céntos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4

SÁBADO 18 DE FEBRERO DE 1888.

ECOS DE MADRID.

17 de Febrero de 1888.

¡Qué contraste! El Carnaval y las fiestas propias del período del año en que tiene su efímero reinado la careta, han sido en el actual, más brillante que nunca en los palacios. La mascarada pública, ha sido una irrisión y ¿por qué no decirlo? una vergüenza.

En vez de esas batallas de flores y de confites que en Niza, en Roma y en Lisboa ofrecen verdaderos espectáculos, porque toman en ellos parte personas de buen gusto y con recursos para adornar gallardamente los carruajes y para ostentar trajes artísticos, los que han salido a la calle a ver máscaras no han hecho nada más que recibir *sublazos* al pormenor.

Puede decirse que no han llegado á un centenar los jóvenes que se han disfrazado sin cavilar mucho para dar bromas á los señores que paseaban con obligada lentitud ó en los carruajes, ó sufrían las inclemencias del tiempo sentados en las sillas que bordeaban la carrera en Recoletos y en el Prado.

Todos los demás enmascarados eran pedigrüños, mendigos de profesión ostentando sus desperfectos más ó menos artificiales, sus caras bronceadas, sus cerdosos cabellos, sus sucias manazas entre enaguas y chambras que fueron blancas el domingo y que ayer se iban derechos al río en busca del jabón y el agua clara, y entre lazos de cintas de colores que aumentaban lo tosco, lo feo y lo necio de aquellas figuras incompletas en su mayor parte; porque en las comparsas había ciegos y cojos, mancos y tullidos.

Toda la pobretería de Madrid, ha salido á pedir en esa forma carnavalesca, y la corte de España, ha podido muy bien pasar estos días por una reproducción de la famosa corte de los Milagros, que esculpió Victor Hugo en su «Nuestra Señora de París».

Ha bastado pagar una cuota al Ayuntamiento—creo que de 5 pesetas—para que esos mendigos hayan tenido derecho á pasear por la capital de la monarquía su miseria y su desprecupación, al lado de las llamadas estudiantinas, disfraz que toman las murgas para ganarse también la vida en estos días.

Hemos pues, asistido al espectáculo de la magnificencia en los salones aristocráticos y al de la miseria, vestida de máscara en la vía pública.

Pero ¿qué más? Hasta una matutera ha querido aprovechar el disfraz para burlar la vigilancia de los empleados de consumos.

Llevaba géneros de comer y le dieron calle.

—Soy una máscara, contestó; en uso de mi derecho he elegido el disfraz de matutero; para serlo con propiedad necesito llevar el matute.

—En buen hora, pero paga los derechos.

Se formó corro... unos daban la razón á los dependientes del resguardo otros... la mayoría, á la que aspiraba á burlarse de la ley. Al fin tuvo que separarse de los comestibles, y se fué refunfuñando:

—Vaya un país! Ni aún en Carnaval le permiten á uno hacer lo que le da la *rial* gana!

En resumen: el Carnaval de 1888 ha sido una deplorable caricatura. Sólo ha habido un personaje que á estas horas habrá regresado á París cargado de dinero Mr. Augusto. Es éste el ya entre nosotros célebre peluquero que ha venido de expreso á peinar á las señoras que asistieron al baile de época de los Duques de Fernán Núñez.

Todas se disputaban los servicios del artista en cabellos, que no tiene pelo de tonto, puesto que ha cobrado, según cuentan, cien pesetas por cada cabeza. Por andar en aquellos sedosos cabellos, hay quien habría dado miles de duros, y él se ha llevado lo que gana un ministro en medio año, y lo que es más, ha logrado que las señoras le esperasen horas y horas y que le recibieran con sonrisas.

Si hubiera establecido una cátedra de peinados, de seguro que para el año próximo no hacía falta en Madrid. La flor y nata de los jóvenes que frecuentan los bailes, se habrían convertido en sus discípulos para reemplazarle en el porvenir.

¡Y qué porvenir! Hasta el más negro habría encantado á los distinguidos Figaros.

Es posible que muchos, después de saber peinar á las mil maravillas, llegasen á perder la elocuencia para hablar y no pudieran decir como los que blasonan de francos, que no tenían pelos en la lengua.

En fin, el período de la locura he pasado y es fuerza tener juicio.

Ya nos han puesto la ceniza en la frente; pero como siempre guardan las cenizas algún poco de fuego, ó por lo menos de rescoldo, después de estos días, aunque con más tranquilidad continuarán divirtiendo sus ocios las personas que no ven á Bismarck en sus sueños de color de rosa, y los mendigos continuarán llenando calles y paseos con sus impertinentes peticiones.

La vida es así, cuando creemos llegar al fin, nos encontramos el principio, y vuela otra vez.

No tenemos más remedio que parodiarse al borracho, que al verse duramente reprendido por su esposa, decía tambaleándose:

—Los compañeros se emborracharon

y yo los imité. ¿Qué había de hacer? Bebi, también, por no significarme.

JULIO NOMBELA.

Variedades.

Memérides militares

FEBRERO 18.

1574.—Capitula la plaza de Mildelburg capital de Zelanda. No pudiendo resistir por más tiempo el coronel Mondragón el sitio con las escasas fuerzas que contaba, entrega la plaza al príncipe de Orange, siendo las bases de la capitulación ventajosas, atendida la situación apurada y crítica en que aquel valeroso caudillo se hallaba.

1809.—Acción de Mobleda; las tropas españolas baten á los franceses, derrotándolos.

1820.—Entrada de Riego en Málaga, proclamando la constitución del 12.

1831.—Desembarcan cerca de Algeciras algunos hombres armados que se dirigieron al interior, resultando ser proscritos del partido liberal, á cuya cabeza marchaba como jefe el mariscal de campo D. José Torrijos. Más tarde fueron batidos por los realistas y fusilados en Málaga.

1839.—Son fusilados por orden del general Maroto, los generales Guergué, García, Sanz, Carmona, y el intendente Uriz, que murieron bajo el plomo de los soldados que mandaron en otro tiempo.

1871.—Acción de las Lomas del Cuzco (Isla de Cuba). Las tropas de Amadeo I, baten á los insurrectos cubanos, desalojándolos de sus posiciones.

1876.—Se efectúa el reembarque del ejército expedicionario de Zamboanga, para dirigirse á Joló.

J. CEBRIÁN.

Una función teatral en el siglo XVII

En la curiosa obra que, con el título «El día de fiesta», escribió D. Juan de Zabaleta y ha sido reimpressa por la casa editorial de Daniel Cortezo de Barcelona, hay un interesante capítulo referente á la comedia, al cual se han referido algunos de los distinguidos literatos que han escrito durante los últimos días acerca del teatro Español.

Ese capítulo, descartado de las reflexiones filosóficas y de las consideraciones morales, de las cuales se hallan sembradas las páginas del notable escritor de costumbres del siglo XVII, es el que damos á continuación, seguros de que será leído con gusto por nuestros abonados.

«Comeatropelladamente el día de fiesta, el que piensa gastar en la comedia de aquella tarde. El ansia de tener buen lugar, le hace no calentar el lugar en la mesa. Llega á la puerta del teatro y la

primera desdicha de la comedia es esta: trabajar mucho para que sólo paguen pocos. Quedárseles veinte personas con tres cuartos no era gran daño, si no fuese consecuencia para que lo hiciesen otros muchos. Porque no pagó uno, son innumerables los que no pagan. Todos se quieren parecer al privilegiado, por parecer dignos del privilegio.

Esto se desea con tan grande agonía, que por conseguirlo se riñe; pero en riñendo está conseguido.

Raro es el que una vez riñó por no pagar, que no entre sin pagar de allí en adelante. Linda razón de reñir, quedarse con el sudor de los que por entretenerte trabajan y revientan. Pues luego, ya que no paga, perdona algo. Si el comediante saca mal vestido, le acusa ó le silba. Yo me holgara saber con qué quiere éste y los demás que le imitan, que se engalane si se le quedan con su dinero.

Pasa adelante nuestro holgazán y llega al que da los lugares en los bancos. Pídele uno, y el hombre le dice que no le hay; pero que le parece que á uno de los que tiene dados no vendrá su dueño, que aguarde á que salgan las guitarras, y que si entonces estuviese vacío se sienta.

Quedan de este acuerdo y él por aguardar entretenido se va al vestuario. Halla en él á las mujeres desnudándose de caseras para vestirse de comediantas. Alguna está en tan interiores paños como si se fuera á acostar. Pónese enfrente de una á quien está calzando su criada, porque no vino en silla.

Esto no se puede hacer sin muchos desperdicios del recato. Siéntelo la pobre mujer, mas no se atreve á impedirlo, porque como son todos votos en su aprobación, no quiere disgustar á ninguno. Un silbo, aunque sea injusto, des-sacredita, porque para el daño ajeno, todos creen que es mejor el juicio del que acusa que el suyo. Prosigue la mujer en calzarse, manteniendo la paciencia de ser vista. La más desahogada en las tablas, tiene algún encogimiento en el vestuario, porque aquí parecen los desahogos vicio y allá oficio. No aparta el hombre los ojos de ella. Estos objetos nunca se miran sin grande riesgo del alma.

Asómase á los paños, por ver si está vacío el lugar que tiene dudoso y véle vacío. Parece que ya no vendrá su dueño, va y siéntase. Apenas se ha sentado, cuando viene su dueño y quiere usar de su dominio. El que está sentado lo resiste y ármase una pendencia.

¿Este hombre no salió á holgar cuando salió de su casa?

¿Pues qué tiene que ver reñir con holgarse? ¿Que haya en el mundo gente bárbara que de las holguras haga mohinas! Si no hallaba dónde sentarse, estuviérase.